

Así, lira, te queda[s] pendiente  
 de este mango en las móviles ramas  
 que a tu dueño dichoso desamas  
 si prosigues tan triste clamor.  
 En los campos de Cuba, la hermosa, 85  
 que desparcen fragancia y contento,  
 ¿por qué, cielos, se aduna el lamento  
 a la voz del feliz trovador? 88

## II

Lanzando las sombras espesas y frías  
 de fuego de grana, de rosa y jazmín,  
 con suave sonrisa la plácida aurora  
 el cielo empezaba de Cuba a teñir.  
 Tornaban a vida los árboles mustios, 5  
 y turba contenta de pájaros mil  
 saltando en las ramas alegre cantaba  
 un canto confuso, mas canto feliz.

Con agrio, con ríspido atroz cacareo  
 las torpes gallinas queriendo bajar, 10  
 medrosas buscaban el modo más fácil  
 que así las pudiese de golpes librar.  
 Y alguna de entre ellas que incauta pisaba  
 el ramo empapado de fresca humedad  
 resbala, y al suelo, que alfombra la yerba, 15  
 mohina y chillando por fin va a parar.

Mas lejos se vían los bueyes pintados  
 que tristes mandaban su triste mujir,  
 y tristes estaban las vacas no viendo  
 sus hijos que oían ¡cuitados! jemir. 20  
 Los hombres del sueño también despertaban,  
 y casi desnuda la tropa infeliz  
 de esclavos cruzaba de prisa temiendo  
 que hiriese sus miembros el látigo vil. 24

En tanto por las alturas 25  
 el sol su disco asomaba,  
 en manojos derramando  
 su ardiente espléndida llama.

Sus rayos animadores  
 en el techo se quebraban 30  
 de pequeño, ruin bohío,  
 mísera choza de paja.  
 Cual delirante vagando

por lo interior de la estancia,  
 con lágrimas en los ojos 35  
 quejábbase negra esclava.

Sayal grosero vestía  
 apenas su esbelta talla,  
 y un pardo niño en sus brazos  
 como dormido posaba. 40

No decoran su cabeza  
 las guedejas encrespadas;  
 privóla de ellas el alma  
 que déspota la maltrata.

Su pie descalzo y caloso 45  
 la tierra dura pisaba,  
 y animaba su semblante  
 angustia desesperada

Los ojos desencajados,  
 cuyos destellos empañá 50  
 copiosa vena de llanto,  
 del niño no se apartaban.

A las veces la infelice  
 a la boca linda amada  
 con labio trémulo unía, 55  
 convulsa entonces temblaba.

Otras veces los sollozos  
 su amargura declaraban,  
 y en lamentos prorrumplía  
 en lengua bárbara estraña. 60

Interrumpióla otro esclavo  
 que en su oscuro idioma la habla,  
 y al punto la choza deja  
 llevando su dulce carga.

La negra del pardo niño 65  
 era madre enamorada,  
 que dolorosa plañía  
 su muerte, ¡oh Dios!, tan temprana.

Su muerte, que el hambre y frío,  
 combatiéndole, causarán, 70  
 combatiendo al inocente  
 que en vano, ¡cielos!, llorara.

Su gemido lastimero  
 de la madre desdichada  
 no fue oído, que distante 75  
 en el campo trabajaba.

Mas si lo oyese, ¿qué haría  
 la abyecta y humilde esclava?

- ¡Infeliz de ella si acaso  
 un hora al señor robara! 80
- A un valle, poco lejano  
 de la choza miserable,  
 el pie turbado movía  
 mustia y lívida la madre.
- Lo ornaban silvestres flores 85  
 que dulce aroma desparcen,  
 y por su centro corría  
 arroyuelo susurrante.
- De los esclavos los huesos  
 encuentran en este valle 90  
 el asilo postrimero,  
 mansión de paz perdurable.
- En él su término tienen  
 los oprobios, los ultrajes;  
 que no conturba a los muertos 95  
 humillación degradante.
- Ni duro azote crujiendo  
 quebranta su enjuta carne,  
 ni la piel curtida mancha  
 espesa, retinta sangre. 100
- Y ni aun hieren sus oídos  
 de sus hermanos los ayes:  
 todo es paz, silencio es todo  
 do reina la muerte grave.
- Estaba una sepultura 105  
 en el lindero del valle  
 con la tierra removida  
 y amontonada en su marjen.
- A las hambrientas quijadas  
 de una fiera semejante, 110  
 parecía que aguardaba  
 un difunto que tragarse.
- Mecíase allí cercana,  
 al son de apacibles aires,  
 amarilla flor de muerto, 115  
 en cuyo seno inconstante  
 pintada mariposilla  
 batiendo las alas suaves  
 posábase, y luego huía  
 tornando luego a posarse. 120
- Miraba la sepultura  
 la pobre aflijida madre

- con mirada fija, intensa  
mirada de delirante.
- Frío tronco parecía, 125  
seco, negro sin esmalte,  
y el niño junto a su pecho  
flor que empieza a marchitarse.
- Cual herida de algún rayo  
de su estupor presto sale: 130  
tiembla y a la huesa arroja  
desnudo y yerto el cadáver.
- Congojada lanzó un grito  
tan agudo y penetrante  
que apagó el ruido sordo  
que el cuerpo al caer formase.
- Mil lágrimas angustiosas  
le surcaban el semblante,  
y a su alarido mezclaba  
incomprensibles cantares. 140
- El eco los repetía  
por las montañas y valles,  
por las colinas y vegas,  
por los prados y palmares.
- Llorar los muertos cantando, 145  
¡vive Dios que es admirable!,  
mas diz que es uso y costumbre  
allá en sus bosques natales. 148
- Por una angosta vereda,  
y acompañado de un perro, 150  
silbando se dirigía  
tranquilo al valle un montero.
- De los rayos implacables  
de un sol que abrasa cual fuego  
su cabeza resguardaba 155  
de paja sutil sombrero.
- Era todo su atavío  
calzado de rudo cuero,  
calzón listado, y camisa  
en cuyas faldas el viento 160  
bullicioso retozaba;  
que con traje descompuesto  
se cubren, por más holganza,  
en el monte los monteros.
- Blandía con mano tosca, 165  
y daba fin a su arreo,

- a un ramo grueso anudado,  
crudo látigo sangriento.
- Era ferra su mirada,  
su rostro brutal, grosero, 170  
e igualábase en altura  
su talla a silvestre cedro.
- La demora de la esclava,  
cual mayoral del ingenio,  
con paciencia non podía 175  
sobrellevarla más tiempo.
- Y la busca cuidadoso,  
la encuentra, y con hosco ceño  
aunque indeciso, se clavan  
en ell[a] sus ojos negros. 180
- Breve espacio la contempla:  
de enojo subido luego  
denóstala con palabras  
que sonaban como trueno.
- Por su brazo sacudido 185  
el azote con estruendo  
cayó, cual súbito rayo,  
de la mísera en el cuello,  
do enroscado semejaba  
serpiente que con anhelo 190  
a su víctima indefensa  
sofoca, le da tormento.
- Ardiente gota de sangre  
salpicó del niño el pecho,  
sangre que arranca el azote 195  
a quien lo llevó en su seno.
- Del verde tallo cortada,  
pues le alcanzó el golpe fiero,  
cayó rodando en la fosa  
la amarilla flor de muerto. 200
- ¡Pobre niño sin guirnalda,  
sin sudario y aun sin duelo!  
Mas, ¡vana cuenta!, ¿qué importan  
esos locos devaneos?
- El inocente, dichoso, 205  
es ángel puro del cielo,  
y entre los ángeles canta  
alabanzas al Eterno.
- Se ausentó la triste madre  
con estúpido silencio, 210

y hacia la huesa mirada  
 de rato en rato, ya lejos.  
 Siguió sus tímidos pasos  
 con aire fiero y siniestro,  
 sin mirar la sepultura 215  
 el bárbaro y ruin montero.  
 ¡Crüeldad inconcebible!  
 el mayoral del ingenio  
 era padre — sí era padre  
 del niño que estaba muerto. 220

## III

De la tarde el crepúsculo apacible  
 conserva apenas con su lumbre el día:  
 escucho de las reses los lamentos  
 que el alma infunde plácida tristeza;  
 las auras mansamente cariñosas 5  
 ajitan mis cabellos descuidados;  
 y las pintadas flores, ornamento  
 y pompa de los campos, enajenan  
 con puro olor balsámico el sentido.

De tétricas memorias perseguido, 10  
 único habitador de la que un tiempo  
 morada fue de mi niñez alegre,  
 de mi niñez fugaz y venturosa,  
 y ora de mi dolor mansión funesta,  
 suspiro en vano por la paz perdida; 15  
 que a duelo eterno y a mortal congoja  
 con rostro adusto condenóme el cielo.  
 ¡Si encontrase feliz en este mundo  
 algún amigo a mi aflicción piadoso  
 que bálsamo aplicara a mis heridas 20  
 y el perturbado espíritu calmase!  
 ¡Ay!, yo le amara, sí, le adoraría  
 como un ángel del cielo descendido.

En busca suya por el campo tiendo  
 la ansiosa vista, mas la tiendo en vano. 25  
 Sólo en la margen de apacible fuente,  
 cuyo murmurio regalado suena  
 cual música llorosa de guajiro  
 que doliente en la noche se querella  
 de áspero monte en el confín lejano, 30  
 solo en su margen taciturno advierto